



MARIANO BÁRCENA.



MARIANO BÁRCENA

Lo feo es lo bello, dijo Víctor Hugo, echándose á cuentas todas las reglas de los clásicos; y como el genio tiene la propiedad del rey Midas, que convierte en oro cuanto toca, Víctor Hugo convierte en figuras angélicas al espantoso Quasimodo que se mecía, como un colibrí en el cáliz de un flor, sobre las campanas de las góticas torres de Nuestra Señora de Paris, y á Gwymplaine que necesitó una ciega que le amara, como el hombre ama á la divinidad sin conocerla.

Y si lo feo es lo bello, mis artículos tienen que ser bellos en fuerza de ser feos; que, como dijo Fray Gerundio, *ó hay sacramento en Campazas ó no hay en la Iglesia fe;* ó tomando la comparacion de más humilde y escondida

fuelle: dice el barba en el sainete del *Alcalde toreador*, que se representaba con mucho éxito allá por el año de 1824:

O yo no soy bueno,
ó el Alcalde es malo;
ó esta es una cosa
que yo no la alcanzo.

No hay cosa que ambicione tanto un escritor, como ser el niño mimado, como diría Peredito; *l'enfant gaté*, como dirían nuestros elegantes, ó el hijo del cura, como decía *La Orquesta*, del público á quien el destino le depara por patrimonio.

Y pues de eso se trata, y cada uno tiene su alma en su almario, y *Cero*, como dice D. Modesto de la Fuente,

Ni cuenta con ciencia infusa
ni tiene gracia especial,
sino un corazon tal cual,
y un alma de eso que se usa;

tambien pretende *que le hagan caso*, ha determinado, como dicen los jueces, visto lo alegado y probado, no circunscribirse á los hombres de la tribuna y de la prensa en México, sino extenderse en estas, para él sabrosas pláticas, á personajes que puedan prestarse á dar grato entretenimiento á la pluma y alegre lectura á los amigos.

Hoy me ha ocurrido hablar de Mariano Bárcena, el jóven Director del Observatorio Meteorológico Central; y aunque la especialidad que él cultiva no sea ni la poesía ni la oratoria, meteré la hoz en mies ajena, siquiera

para poder decir como Don Pedro el Cruel, en una de las comedias del famoso autor de *Don Juan Tenorio*:

Que dicen, por decir algo,
Que sólo en la guerra valgo.

Y por otra parte, Bárcena debe entrar en el número de los periodistas, porque además de que ha colaborado en muchas publicaciones científicas, ha sido casi el director del «Boletín del Ministerio de Fomento» que inserta las observaciones del Establecimiento que Mariano dirige. Así pues, también como periodista científico, tiene que ocupar un lugar en esta Galería.

Mariano Bárcena es un muchacho que gasta toda la calma y toda la prudencia de un viejo; el estudio de las ciencias naturales tiene la ventaja de dar al espíritu la madurez de la ancianidad, conservándole siempre el perfume de la niñez.

Arago y Laplace eran unos niños gigantes, en la astronomía; así como Pico de la Mirandola, de quien refieren los autores que á los diez años sustentó un espléndido acto de teología, debió haber sentido en su corazón la verdad de aquel axioma de Derecho que dice:

Malitia sepe supplet ætatis.

Bárcena no sabe cómo anda la política de esta tierra; encastillado en el Observatorio Meteorológico, pensando en los *cirrus* y en las presiones atmosféricas, y en las oscilaciones del termómetro, y en el *ozona*, pasa por los

corredores de Palacio, en Marzo de 1882, soñando en encontrar en el Ministerio de Hacienda á D. Matías Romero, ó en el de Relaciones al severo Mata. ¡*Oh sancta simplicitas!* como dijo Juan Huss cuando vió llegar con un tizon para encender su hoguera, á una vieja á quien él jamas habia hecho daño.

Y Mariano Bárcena está metido en un laberinto, junto del cual las cuestiones políticas que agitan la prensa periódico-política de nuestra capital, parecen tan pequeñas como un bache de la Alameda comparado al lago de Chapala.

Los problemas meteorológicos son siempre extraordinariamente complicados: la multiplicidad de sus elementos, la incertidumbre de los datos, la enorme oscilacion de los coeficientes y la variabilidad de las combinaciones, hacen de ellos el objeto de un estudio laborioso, difícil, y no siempre de precisos resultados.

Pero tratándose del problema meteorológico de México, todas esas dificultades y complicaciones suben de punto, ya por la influencia de los elementos geográficos, ya porque no se encuentran fácilmente estudios extranjeros que puedan servir de auxiliares, habiendo sido tan escasos los que se han hecho, relativos á alturas tan considerables como la en que está fundada nuestra ciudad.

La atmósfera, como todos sabemos, es una capa trasparente que envuelve por todas partes á la tierra, y compuesta de elementos que aunque parecen contrarios, se

combinan perfectamente, así como los que se llaman amigos de un gobierno, que se entrelazan, y se chocan, y se confunden, y se dividen, y que sin embargo, cada uno va á su objeto: el uno quiere un Ministerio; el otro una curul; el de más acá la administracion de una aduana marítima; el de más allá una magistratura; aquel la direccion de un ferrocarril, y éste una plaza de gendarme para un primo del hermano del cuñado del sobrino de un compadre del marido de la cocinera de una amiga suya.

En la atmósfera, en esa Gran Oficina en que se engendra la vida y la luz para todos los organismos de los reinos vegetal ó animal; en ese Gran Ministerio de Hacienda de la Naturaleza, en el que las *pólizas* se pagan sin necesidad de estar en *distribucion*, las moléculas constituyen la perpetuidad de la vida: los que hoy con su aglomeracion forman un cuerpo humano, una planta ó una nubecilla vaporosa, ayer ó antier se han desprendido de otro organismo, que en virtud de ese fenómeno metamórfico que llamamos la muerte, cedió sus componentes para formar otra individualidad.

Nosotros, los que hoy alentamos, criticamos, ó somos criticados sobre la tierra, llevamos en nuestro cuerpo las moléculas que ayer se han separado de otros.

¡Oh admirable Naturaleza! y quién habia de pensar que lo que fué un lirio fragante y perfumado, adornando gallardo la negra y profusa cabellera de una hija de Anáhuac, formara hoy parte de esa interesante persona que

se llama Ramon Isaac Alcaraz; ni que esos gases escapados del níveo seno de Elena Leroux ó de María Aimée, constituyeran el gallardo continente de Hermenegildo Carrillo ó de Moisés Rojas?

¿Y quién puede pensar que un suspiro ó una lágrima de Perez Jardon vendrán á brillar mañana en las pupilas de Chucha Servin, ó á vibrar en los acentos vigorosos de Sóstenes Rocha?

Y no hay que admirarse de estas trasformaciones: en esa eterna cadena que forma la ley de las metamorfosis de la Naturaleza, el mismo peso mexicano que paga la casa de moneda al Gobierno por su descabellado arrendamiento, anima el humilde hogar del empleado, resuena alegre en la bolsa del usurero, baila en las cajas de «La Sorpresa,» vuela á la casa del banquero, y vuelve á entrar en la Tesorería, quizá para salir nuevamente á manos de D. Sebastian Camacho, como parte alicuota de la subvencion del ferrocarril Symon.

Con cuánta razon dijo Lucrecio en su poema de la *Naturaleza de las cosas*: el jugo de los alimentos se distribuye en todas las partes del cuerpo. Los árboles crecen y se cubren de flores y de frutos, porque al través de canales imperceptibles, la sávia lleva de la tierra á las raíces, cruzando por las ramas, la fuerza y la vida á todas las hojas.

A la grande altura (más propiamente altitud) de México sobre el nivel del mar, que complica los fenómenos

estudiados en países y en lugares en que la atmósfera tiene una gran pesantez, hay que agregar los extensos lagos que ocupan una parte considerable del valle en que la ciudad está construida, y las dos elevadas montañas, el Popocatepetl y el Ixtacihuatl, que ejercen una decisiva influencia en el estado atmosférico; la poca densidad del aire, lo bajo de la presion barométrica, produce fenómenos que no nos llaman la atencion, porque á ellos estamos acostumbrados, pero que hacen de México un lugar excepcional por la influencia que ejerce tal condicion, desde las más complicadas operaciones de la Naturaleza en el crecimiento, conservacion y desarrollo del organismo humano, hasta en las más sencillas del artesano y del obrero.

Materia de un libro y no de las pocas líneas de un artículo, seria ese estudio; pero basta reflexionar qué extraños cambios originan en fenómenos estudiados en otras partes, en fisiología por ejemplo, por el esfuerzo y trabajo de los pulmones en la respiracion; por la aplicacion del principio de Dalton, de que «la cantidad absoluta que se disuelve está siempre en relacion con la presion que el gas ejerce en la superficie del líquido disolvente,» aplicado al oxígeno que se encuentra físicamente en relacion con la sangre en el acto de la respiracion.

Basta fijarse en que la poca densidad atmosférica hace perder á la luz y al calor la difusion, produciendo increíbles diferencias en la altura del termómetro entre el sol

y la sombra; dando á las fotografías hechas en México ese aspecto duro de los paisajes iluminados por la luna; obligando á los arquitectos á buscar siempre en las habitaciones que construyen, la luz directa; haciendo inhabitables por su oscuridad, cuartos que en Paris por ejemplo, tendrían una luz dulce y templada, y hasta disipando rápidamente el perfume de un pañuelo.

La poca presión atmosférica precipita de una manera increíble la evaporación; media hora después de haberse regado los paseos y las calles, está el terreno tan seco que el menor soplo de viento levanta nubes de polvo: el sistema Mac Adams es casi imposible, porque esa rápida evaporación hace que profundas grietas surquen con mucha facilidad el pavimento de las calzadas: los coeficientes de dilatación en metales, maderas y cristal, se manifiestan enérgicamente en todas sus oscilaciones, merced á esos bruscos cambios del frío al calor y de la resequeidad extrema á la saturación del aire: las armaduras de hierro se flexionan, las vigas y los muebles crujen y estallan; el cristal mismo presenta algunas veces fenómenos de esta clase, y todo debido á la altura en que vivimos y á la falta de presión consiguiente á ella.

La extensa sábana de agua que forma los lagos, es el correctivo de la falta de humedad atmosférica, que en las noches serenas y despejadas de México, produciría por la irradiación del calor del suelo en el espacio, continuas heladas, haciendo imposible la vida vegetal en otra esta-

ción que no fuera la de las lluvias, y multiplicando para los hombres y para los animales las dificultades y los peligros de la lucha por la existencia.

Las inmensas masas de perpetua nieve que cubren nuestros volcanes, aun cuando por el enfriamiento que producen en las capas atmosféricas favorecen la falta de humedad, haciendo bajar el grado de saturación del aire, que es ménos elevado á medida que hay más frío, sin embargo, representan en nuestro Valle el papel de gigantes condensadores de nubes arrebatando, para formar la lluvia que fecunda nuestras campiñas, el vapor de agua que vienen cargados todos los alisios de la gran corriente, que vuelve del Ecuador á los Polos repartiendo la vida y la animación por todos los países que atraviesa.

¡Qué infinidad de datos se necesita recoger para el estudio de nuestra atmósfera, y cuántas dificultades y cuánta laboriosidad hay, que vencer y que aplicar fabricando un edificio científico, sobre bases tan perfectamente movibles como la misma atmósfera de que se ocupa!

Pero volvamos á Mariano Bárcena. Mariano es una honra para México; no va á la Concordia ni á los Tívolis, ni á la Palestina, ni al Globo, ni á la casa de Messer, ni le conocen como á su parroquiano Recamier, Porraz, ni Fulcheri, ni hay un *jin-cock-tail* á la Bárcena, ni un *chery-cobler* á la Marianito, ni un *mint-juleps* á la Observatorio; en cambio las sociedades científicas del extranjero se empeñan en contarle entre sus más esclareci-

dos miembros honorarios; los botánicos bautizan con su nombre nuevas plantas y los mineralogistas dan su apellido á metales que eran desconocidos.

Bárcena en el Observatorio Meteorológico fabrica los elementos que enriquecen ese arsenal de conocimientos para la economía humana, en que los médicos vienen á buscar armas para combatir las enfermedades.

Ni los preparativos del emperador Alexis, para prevenir la invasion de Rogerio Huiscardo al imperio de Oriente, ni los datos de que se arma Payno para combatir la ley de impuestos sobre tabaco, ni los argumentos que preparan Mancera y Juan Mateos para defender la introduccion de la sal libre de derechos al Estado de Hidalgo, ó la baja del impuesto sobre pulques, pueden compararse al número de cifras que arrojan los registros del Observatorio.

Y ese trabajo tiene que ocupar los días y las noches, y ser tan incesante como el que lleva el presupuesto de egresos contra la tesorería de la Nacion; porque si de los coches simones el vulgo dice que corren parados, de las quincenas puede decirse que velan durmiendo ya que no que duermen velando.

¡Qué inflexible pintaban los antiguos al Tiempo! ¿Pues cómo pintaria Fuentes Muñiz á la quincena? En los cuentos y en eso que llamaban *ejemplos* los viejos místicos, todavía suele referirse entre chistes y veras, de alguien que detuvo á la muerte á la puerta de su casa: di-

cen de un zapatero que dió albergue á Jesucristo, que le pidió por única gracia que quien llegara á sentarse en el banco de la puerta de su casa, no pudiera desprenderse de él sin la previa licencia del dicho artista de obra prima, y agregan que cuando la muerte vino á llevarse al zapatero, este bienaventurado discípulo de San Crispin, creyó la visita tan inoportuna como la de un cobrador de contribuciones ó la de un casero, y con una urbanidad que envidiaria Raygosa, el sobrino de mi tío, la hizo sentar en aquel banco, del que la fiera representante de las Parcas no pudo moverse hasta que celebró con el zapatero una capitulacion más vergonzosa que diputado de oposicion cuando pide pagas adelantadas.

Que las quincenas no son así, dígalo el Tesorero, y si se sientan es para levantarse con más energía y gritar con una voz más poderosa que la de Aquiles, el de Homero, ó la del jefe de los normandos que invadieron á Sicilia.

Si la baja presion atmosférica produce ó no la anemia barométrica en México; si el aire que se respira en la capital por su falta de densidad es ó no más provechoso á los tísicos; si el desarrollo del tórax es mayor en los que nacen y se crián en este municipio que tantas cosas espera de la actividad de Guillermo Valle, son cuestiones que la ciencia médica vacila para resolver, pero que el conocimiento y la experiencia de los cobradores de contribuciones resuelve siempre en un sentido favorable para el municipio.

Nada importa la anemia barométrica con tal que haya plétora en las cajas del erario; poco supone el desarrollo torácico con tal de que exista en el impuesto, y nada dice la conveniencia de la altura para los tísicos, si se consigue que *el viento* produzca los pingües resultados que para el municipio en general, y para sus amigos en particular, se proponen siempre los que cuidan de la meteorología de la bolsa.

Bárcena se ha ceñido también, si no la corona, cuando menos el keppi ó el schacó de los mártires de la ciencia, que ganó gloriosamente en los días de la fundación del Observatorio.

Jamas traición alguna á la patria, deserción á vista del enemigo, golpe de Estado, infracción constitucional, impía ó tiránica disposición, audaz y cínico robo de los caudales públicos, ha producido escándalo mayor ni grito más destemplado contra el culpable, que la fundación de los Observatorios científicos en México. Los amigos y parciales de Don Rodrigo, el de la Cava, si hubieran tenido imprenta, no habrían tratado con más rigor al Obispo Don Opas y al Conde Don Julian: una cruzada levantaron los periódicos para atacar los Observatorios; no hubo estilo, serio, jocoso ó moderado, que no emplearan, ni arma periodística que no se esgrimiera: se multiplicaron las burlas, se menudearon los sarcasmos, se agotaron las calumnias, se inventaron palabras y motes, se fraguaron cuentos y anécdotas: en aquellos días se había

dado una disposición permitiendo públicamente los juegos de azar, y esta disposición pareció una predicación mesiánica, ó un tratado de honrada filosofía al lado del espantoso crimen de fundar un Observatorio científico. Quizá tenía razón la prensa periódica, porque presentaba argumentos tan incontestables como el de la inutilidad de la institución, el desfaldo injustificado de ochocientos ó mil pesos que había costado montarla, y el ningún resultado útil y práctico que vendría á dar la noticia de que ayer ó ántes de ayer, á las once de la mañana, el termómetro centígrado había señalado veintidos grados.

Si refiriera yo acontecimientos del siglo de Pericles, no podría ser creído bajo mi palabra, y las autoridades que en mi apoyo citara, quizá no á todos les parecerían del mismo peso; pero esto de que voy hablando, ha pasado como quién dice esta mañana: muchos de esos periódicos aun viven; no es preciso ni siquiera decir cómo se llaman; y buscándolos ó hallándolos por casualidad, cualquiera se puede convencer que lo dicho no es calumnia, tanto más, cuanto que hoy todavía no faltan algunas veces párrafos ó alusiones que aparecen, como recrudescencias ó recaídas de aquella enfermedad. Y en aquella enfermedad se confundían el Observatorio Meteorológico con el Astronómico, hasta el punto de que en uno de los cuentos inventados, se decía que estando en el Meteorológico observando el anillo de Saturno, uno